Universidad Rafael Landívar

EDITORIAL CARA PARENS

Bondad

Humildad

Compasión

Cooperación

Antología

CARA PARENS

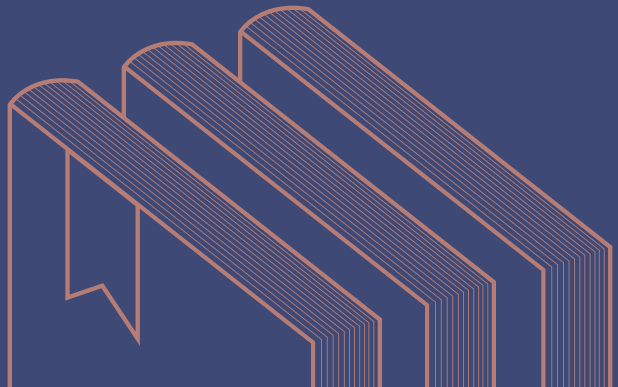
Cuento corto y poesía 2021

Esperanza

Entretenimiento

Cultura

Exploración



Resiliencia

Solidaridad

Universidad Rafael Landívar

EDITORIAL CARA PARENS

Bondad

Humildad

Compasión

Cooperación

Antología

CARA PARENS

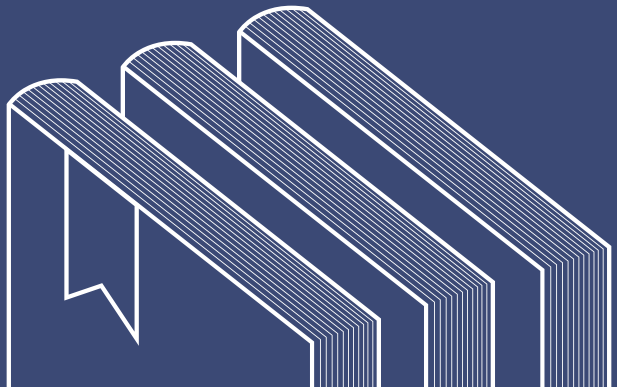
Cuento corto y poesía 2021

Esperanza

Entretenimiento

Cultura

Exploración



Resiliencia

Solidaridad

863.7281
A634 Antología Cara Parens. Cuento corto y poesía 2021.
-- Guatemala : Universidad
Rafael Landívar, Editorial Cara Parens, 2022.

VIII, 38 páginas
ISBN de la edición física: 978-9929-54-397-3
ISBN de la edición digital, PDF: 978-9929-54-398-0

1. Cuentos guatemaltecos
2. Poesía guatemalteca
3. Antologías literarias
i. Universidad Rafael Landívar, Editorial Cara Parens, editor
ii. t.

SCDD 22

Miembro de la Red de Editoriales Universitarias de AUSJAL
AUSJAL
www.ausjal.org

ANTOLOGÍA CARA PARENS
CUENTO CORTO Y POESÍA 2021

Edición 2022

Universidad Rafael Landívar, Editorial Cara Parens.

Se permite la reproducción total o parcial de esta obra, siempre que se cite la fuente.

D. R. ©
Universidad Rafael Landívar, Editorial Cara Parens
Vista Hermosa III, Campus Central, zona 16,
Edificio G, oficina 103
Apartado postal 39-C, ciudad de Guatemala,
Guatemala 01016
PBX: (502) 2426 2626, extensiones 3158 y 3124
Correo electrónico: caraparens@url.edu.gt
Sitio electrónico: www.url.edu.gt

Revisión, edición, diseño y diagramación por la Editorial Cara Parens.

Las opiniones expresadas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente compartidas por la Universidad Rafael Landívar.

JURADO CALIFICADOR DEL CERTAMEN DE CUENTO CORTO Y POESÍA 2021

CATEGORÍA DE CUENTO CORTO

Susana Beatriz Alvarez Piloña
Rómulo Mar
Ana Lucía García Ruano

CATEGORÍA DE POESÍA

Rodrigo Villalobos Fajardo
Ricardo Cruz
Anabella Acevedo

Índice

CUENTO CORTO

Film 3
José Javier Gálvez Hernández

El mejor día de mi vida 5
María Alejandra Bonilla Argueta

Qana´ Matilde (Doña Matilde) 9
Esteban Luis Eduardo Cuc Latz

Morgon 13
Samuel Isaac Avila Paz

Reflejo de luz 15
Pamela Santos Barrios

La joya del gigante 19
Cristian Alonso Ramírez Guzmán

POESÍA

Muéstrate 25
Hanny Abigail Lopez González

Lugar seguro 27
Frida Melissa Bocanegra Fuentes

Poema 2 29
Esteban Javier Aragón Matute

Jose 31
Liza Miranda Fuentes Hidálgo

Piel muerta 33
María Alejandra Bonilla Argueta

En la oscuridad... 35
Maria Paula Ruiz Guerra

Cuento corto

Conocimiento

Humildad

Compasión

Bondad

Cooperación

Esperanza

Entretenimiento

Libertad

Sueños

Exploración

Cultura

Ayuda

Resiliencia

Solidaridad

Film

JOSÉ JAVIER GÁLVEZ HERNÁNDEZ

Licenciatura en Ciencias Jurídicas y Sociales, octavo semestre

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales

CAMPUS CENTRAL

La mujer yace sobre la arena a unos dos metros de donde las olas humedecen la orilla. El sol no está demasiado fuerte ese día y el clima es agradable.

A media distancia, una gaviota se pasea con tranquilidad mojando apenas la punta de sus patas, amagando echar vuelo, revoloteando un poco.

Un hombre grita de lejos el nombre de la mujer. Corre un poco. Se detiene. Al ver que no responde, corre con más fuerza gritando su nombre otra vez.

La mujer sobre la arena tiene el cuerpo mojado de pies a cabeza. El cabello, muy corto, está lleno de arena y el rostro tiene algunas pequeñas raspaduras y golpes.

La mujer yace sobre la arena con los brazos semiabiertos, una pierna doblada en dirección al este y la otra recta, y con la cabeza girada hacia su derecha. No tiene más que un vestido blanco hecho girones, empapado y ahora un poco sucio. Pero hay paz en su rostro, una paz que solo se alcanza cuando uno ha

salido de la oscuridad. Como en un *film*, cuando justo antes del final la protagonista resuelve el conflicto y puede vivir en paz.

El hombre ha llegado jadeando y con la respiración irregular. Se arrodilla bruscamente junto a ella y toma su rostro suavemente entre las manos. Balbucea su nombre tres veces más.

Ella no responde.

El hombre grita. Es un excelente actor. A unos metros, el director observa con los ojos como platos, sentado a la orilla de su silla, completamente enganchado.

El hombre se recuesta sobre el pecho de la mujer y llora amargamente.

De pronto se detiene y una sensación de terror invade su cuerpo. Se gira hacia el director y el camarógrafo con el rostro descompuesto. Pone dos dedos sobre el cuello de la mujer.

El tiempo parece detenerse en la playa. La gaviota vuela apresuradamente hacia el horizonte y el ruido de las olas se hace casi imperceptible.

El hombre la llama por su verdadero nombre. La mujer no responde. Se pone de pie y se aleja dos pasos. El director no entiende qué está pasando.

El hombre grita el verdadero nombre de la mujer. Llora, entre desesperado y confundido. Se toma la cabeza con las manos. En el equipo de producción todas las personas se ven entre sí, pero nadie se atreve a acercarse.

El director grita inseguro: ¡corte!

El mejor día de mi vida

MARÍA ALEJANDRA BONILLA ARGUETA

Psicología Clínica, noveno semestre
Facultad de Humanidades
CAMPUS CENTRAL

Era hora de dormir, así que me metí debajo de las sábanas y acomodé mi cabeza en mi almohada. La luz no estaba apagada porque Antonio aún no había llegado. Por eso, podía ver claramente el techo de la habitación. Cuando era niña, buscaba formas en los brumos que tenía la pared. Siempre encontraba figuras muy divertidas. Eso me hacía feliz. Sin darme cuenta, comencé a hacerlo de nuevo para no quedarme dormida y poder platicar con Antonio. Usualmente, no lo espero despierta, pero creo que hoy podría decir que este día fue el mejor día de mi vida, así que quiero contárselo. Quiero que se ponga feliz conmigo.

Todos estos meses me he estado esforzando mucho para que me den un ascenso y hoy mi jefa me citó en su oficina para decirme que lo había conseguido. Eso significa que tendré más paga y, posiblemente, más días libres de los que tengo ahora. Estaba tan feliz que instantáneamente lo llamé para contarle, mas no me contestó. Asumí que estaba ocupado trabajando, así que llamé a mi madre. Se emocionó tanto como yo, incluso me invitó a almorzar y, como cosa rara, acepté.

Al mediodía, decidí irme de la oficina para ir con ella. Fue un almuerzo exquisito. Hizo mi comida favorita de cuando era niña: albóndigas y papas. Sin embargo, lo mejor no fue comida, fue la plática. Entre ambas siempre ha existido una relación muy conflictiva, casi nunca hablamos. No sé qué fue diferente esta vez, pero nos pedimos perdón, nos dijimos que nos amamos y la abracé. Eso no pasaba desde que soy pequeña. Fue un momento muy emotivo e importante para mí. Por eso, intenté llamarlo de nuevo. No contestó, aunque esta vez me mandó un mensaje que decía que estaba ocupado con un proyecto y me llamaría más tarde.

Después de ver a mi madre, me subí al auto e iría a casa, pero tenía muchas ganas de visitar a mi papá. Y eso hice. Manejé por una hora para llegar al cementerio en el cual estaba enterrado. Me paré en silencio frente a su tumba durante varios minutos. Fue la primera vez que las ganas de pelear estaban apagadas. Me limité a quedarme callada hasta que al final me salió una oración: ya no te odio. Luego de eso, me fui. Me fui sin ningún peso sobre mis hombros. Fue como si perdonar a mi padre era lo que necesitaba.

Corrí feliz hacia el auto y llamé a Antonio para contarle todo. Esta vez sí me contestó, pero me susurró que estaba en una reunión importante y que me prometía que me llamaría después. Al despedirse, me tiró un beso. Eso me hizo sentir bien, hace mucho tiempo que no me tiraba un beso.

Manejé hacia la casa con una sonrisa enorme, incluso llegué a pensar que se me iba a entumecer la cara de tanto sonreír. Antes de llegar, pasé comprando mi pastel favorito para compartirlo con Antonio, pero no pudo llegar a cenar. Su hermano lo llamó diciéndole que tenía un asunto importante del cual quería hablar. No me sentí molesta, así que le dejé un pedazo de pastel en la mesa con una nota que decía que lo quería.

Tomé un largo baño de burbujas y, ahora, estoy aquí. Buscando figuras en el techo, mientras escucho como mi esposo estaciona el auto frente a la casa. Al entrar, fue directamente a nuestro baño. Me dijo

hola desde ahí. Comenzó a cambiarse o, al menos, eso es lo que podía oír. Minutos después, se recostó en la cama junto a mí. Lo vi de reojo, Dios mío, había olvidado lo guapo que es, aunque lo vi esta mañana.

Sabes, hoy fue un gran día, le dije. Me dedicó una sonrisa muy cálida. Yo regresé mi vista al techo. Vislumbré la forma de un osito, así que pregunté si quizás ya es momento de tener hijos. Siempre le había dicho a Antonio que no quería, pero hoy todo ha cambiado para mí. Tal vez ya sea tiempo de formar una familia.

Carmen, dijo Antonio, con un tono de voz tan firme que me hizo dirigir mi mirada hacia él. Me estaba viendo directamente a los ojos con una expresión muy sorprendida. ¿Escuchaste todo lo que te acabo de decir?

No, perdóname. Mordió sus labios. Fue hasta ese momento que me di cuenta de lo nervioso que estaba. Cuéntame, cariño.

Carmen, dijo, dejando una pausa sumamente dramática. Carmen, quiero el divorcio.

Me le quedé viendo unos segundos para, luego, voltear a ver de nuevo el techo. ¿Cómo olvidé que los mejores días siempre son condenados por una oración?

Qana´ Matilde (Doña Matilde)

ESTEBAN LUIS EDUARDO CUC LATZ
SEUDÓNIMO: ESCRITOR DE MUNCHÚ

Ingeniería Forestal con énfasis en Silvicultura y Manejo de Bosques, noveno semestre
Facultad de Ciencias Ambientales y Agrícolas
CAMPUS SAN PEDRO CLAVER, S. J. DE LA VERAPAZ

Dedicado a las canasteras altaverapacenses y sus dificultades cotidianas.

La oscuridad de la madrugada aún cubría aquel lugar de la campiña altaverapacense, solamente el ruido de grillos y chicharras se escuchaban en el ambiente y a lo lejos unos que otros ladridos de perros. En el ambiente se respiraba tranquilidad. Era así que comenzaba la faena diaria de Qana´ Matilde, madre q´eqchi´ de tres niños que vivían en una comunidad de Santa Cruz Verapaz.

Ese día era jueves, día de mercado en el pueblo, una oportunidad para ir a vender sus hierbas, ayotes y hojas de maxán para ganar unos centavitos. El pequeño teléfono «frijolito» que a duras penas había podido cargar en la tienda de la comunidad vecina marcaba las tres de la mañana. Buscando machete

y una bolsa dispuso ir a cortar al monte su producto de venta. Cortó las hierbas que ya estaban buenas, los ayotes que ya estaban en su punto y las hojas de maxán más grandes y bonitas.

Lo hizo rápido porque tenía que regresar a tortear, entonces el fuego ya estaba listo y el comal caliente para cocer las tortillas, ya que la Qana´ debía dejarles a sus hijos las tortillas hechas para el desayuno y almuerzo del día.

Preparó su chakach (canasto) con el producto de venta, lo aseguró y dejó listo para salir, siendo las cuatro y media de la mañana se santiguó al partir, pidió a Dios por sus hijos, que se quedarían solos ese día y partió con rumbo al pueblo.

Después de caminar por media hora entre senderos y monte, llegó al punto de reunión donde un fletero llegaría a las cinco de la mañana y llevaría a ella y a otra decena de mujeres vendedoras de la comunidad hasta el pueblo.

Hacía frío esa madrugada, el viento helado golpeaba el rostro de las mujeres.

Naab´al li ke (mucho frío en q´eqchí´) decía Qana´ Petrona. Mientras las otras acompañantes asentían con la cabeza mientras conversaban y reían.

Después de cuarenta y cinco minutos de viaje llegaron al mercado del pueblo y corrían para ocupar un buen lugar para ofrecer sus productos.

Ese día fue bueno, Qana´ Matilde vendió todos sus productos, entre regateos, compradores que le decían que muy caros sus productos y algunos disgustos con los clientes. Se acabó la venta. Pasado el mediodía, había que esperar a que llegara el fletero y las llevara de regreso a la comunidad.

El viaje fue relativamente rápido para la Qana´, tal vez fue por el cansancio del día; pero al descender del picop, venía una vecina a toda prisa y asustada.

¡Qana´ Matilde, tu casa se está quemando!, gritó la mujer, desesperada.

Qana´ Matilde, en principio, no lo creyó, pero el rostro y explicaciones de la mujer le confirmaron que era cierta la mala noticia. Emprendió una carrera hasta su casa. Fue eterna la travesía para ella, en el camino se veía el alboroto que había. Cuando por fin llegó a su casa, angustiada, esperaba verla en totales escombros y buscó a sus hijos temiendo lo peor.

Fue grande su sorpresa al ver solo la cocina quemada y a sus hijos íntegros en una casa vecina.

Una imprudencia de la niña mayor (brasas mal colocadas) fue lo que inició a consumir las tablas de aquella rústica cocina, quien, al ver el fuego, gritó pidiendo ayuda a los vecinos, y estos corrieron a la voz de auxilio, mientras la ayuda no se hizo esperar para impedir así una desgracia mayor.

Ese día la Qana´ agradeció a Dios porque no pasó a más el problema, ya que cuidó a los suyos y los vecinos ayudaron a apagar el fuego. Agradecía a todos los vecinos y pidió más prudencia a su hija, que en esta ocasión era la encargada de cocinarles a sus hermanitos.

Morgon

SAMUEL ISAAC AVILA PAZ

Licenciatura en Marketing, tercer semestre
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales
CAMPUS CENTRAL

Una vez más despierta, y no son horas. Se levanta y se pasea lentamente en la habitación. ¿Qué hace? Ah, ya sé, una vez más se cuestiona su existencia. ¿Cuánto más seguirá así? Son las dos de la madrugada y mañana trabaja.

Han pasado cinco minutos y sigue… oh, se acaba de agachar, se toma la cabeza y grita un poco. Vamos, es una suerte que viva solo.

Se dirige al baño, se refresca la cara y se ve en el espejo… OK, ya deja de verte, es extraño. Sale del baño con cara de enfermo y se sienta en la cama, pasa el tiempo y comienza a cambiarse de ropa. Ay, no, saldrá de nuevo.

Es una fortuna que solo tenga ropa negra y que no sepa cuál es la limpia. Lo retrasa.

Sale del cuarto, zigzaguea lentamente mientras pasa por el pasillo del segundo nivel, llega a las gradas y baja lentamente; como si alguien fuera a escuchar al pobre hombre. Termina las gradas y llega a la puerta… ¿qué espera? Se ha quedado con la mano en la manecilla. Nunca lo había hecho.

Comienza a girar la manecilla lentamente y pareciera que mi gran deseo lo frena.

La perilla llega al tope y comienza a erguirse, se pone en la postura de siempre y ve hacia el frente. Si no sonríe, no sale. Pero su cara está seria. Parece molesto, pero de nuevo no se mueve, no sonríe. Sabe que alguien lo espera afuera, siempre lo espera.

Comienza a sonreír, pero solo de un lado. Es diferente esta vez, tal vez sea la última. Odio cuando abre lentamente, sus ojos cansados comienzan a abrirse cada vez más a medida que se abre la puerta. Sus ojos están completamente abiertos, se dilata su retina, y hay neblina.

Pasan unos segundos y se ve en la neblina, nunca lo he visto, pero él sabe cómo se ve, solo él lo conoce.

Comienza a sacar el cuerpo, extiende el brazo y camina. Lo veo lentamente y sé que desaparece. A lo lejos comienzan a dar vueltas cuando se encuentran, como una especie de baile perverso. Saben lo que hacen. Los ruidos comienzan cuando están por terminar, se mueven más y no los distingo, no distingo ni los ruidos.

No sé qué hago viéndolo, no me ve, no me escucha, pero ¿quién lo culpa? Ni yo sé cómo verme, cómo escucharme, ni cómo moverme.

Ah, ya hay ruido, aún veo las siluetas y se mueven más rápido, giran, giran, giran, pausa, y toda la noche se detiene. El mundo se vuelve de ellos una vez más y sé lo que harán, no puedo detenerlos ya.

Comienzan a desvanecerse y yo con ellos. Me cuesta verlos, pierdo la vista, me deterioro, pero antes de irme ruego con que no vuelva. Yo, sin él, no existo. No aguanto más el ciclo, no lo espero, no lo quiero y con mi último aliento ruego…

Despierta…

Reflejo de luz

PAMELA SANTOS BARRIOS

Licenciatura en Psicología Clínica, noveno semestre
Facultad de Humanidades
CAMPUS CENTRAL

Al fin y al cabo, el alba era siempre igual, ella, su soledad, y un ligero fulgor de sol por la ventana.

Aurelia encentó su día como cualquier otro, nada notable en particular, aunque siempre con el capricho de una dosis de agua hirviendo combinada con unos granos marrones. El dulce olor a una jícara de chocolate caliente. Necesitaba un insumo reactivador luego de una vigilia devastadora, las lóbregas noches últimamente no habían sido una grata compañía. Se palpan frías, incómodas y los pensamientos dan vuelta, como una rueda que nunca se detiene.

La casa no ha vuelto a sentirse cálida desde la partida de su esposo. Aunque, con limitada convicción, la esperanza de Aurelia radica en la clásica idea de que él alcanzó la plenitud en el más allá. Sintió melancolía al recordar aquellos debates que enmarcaron una pugna sin fin sobre quién partiría primero, y ahora no habría más disputa por ello. Al deleitarse con la última gota de chocolate, asintió en la idea de que cada objeto dentro de la casa no es más que el peso representativo de lo que algún día fue.

Transcurrió un lapso, hasta que, finalmente, Aurelia se convenció de reagrupar los espacios, materia que, aparentemente, no era menester contener. Desempolvó una cómoda, y dentro de los gabinetes, encontró documentos que en su momento el valor fue tan alto, que ahora no son más que papeles. Localizó un álbum de fotografías, le hizo rememorar aquellos momentos al lado de su único hijo, que, de ser tan niño, ahora es un hombre que ha hecho su vida y familia en algún otro lugar.

Paulatinamente determinó de lo que dispondrá y de aquello que desechará. Los años y el polvo habían hecho su trabajo, descomponer y abigarrar los objetos. Sin embargo, cada cosa, por más mínima que fuese, despertaba en la memoria de Aurelia alguna vivencia asociada, entre todo aquello reconoció: una baraja de cartas de póquer, un juego del cual, en algún momento, su marido disfrutó en gran medida, y, que hace mucho tiempo ya, gozaban en familia. A su vez, ubicó una colección de automóviles de juguete, los cuales representaban la infancia de su hijo y la imaginación que llenó de color aquellos remotos y bellos días.

Finalmente, el orden y las cosas habían comenzado a tener lugar, así como cada recuerdo que lo acompañaba. Previo a finalizar, observó una funda tornasol, y al desdoblar, encontró en el interior, un conjunto de brochas y pinceles de diversas gamas y tamaños. Al lado, había una paleta de metal especial para mezclar óleos.

Aurelia sostuvo y contempló dicha paleta. El reflejo plata metálica se proyectaba en su rostro. En ese punto, tuvo una visión interna, un destello de consciencia cálido que avivó el pálpito de su corazón. Esto le hizo darse cuenta de aquel sentimiento vehemente que ella tenía por el arte, y que, poco a poco, enterró en el tiempo. El centro de su atención estaba en su familia y en el ansia de atender sus necesidades; inconscientemente, esto se había convertido en una rutina de años, y, por ende, en su vida. Se percató que había desistido de su ser. Estaba viviendo en el recuerdo, en efecto, se había perdido a sí misma y su identidad.

Comprendió que el profundo estado anímico de tristeza no se circunscribe precisamente a la partida de su esposo, ni a la ausencia de su hijo. Tan solo se había olvidado de vivir consigo misma. Ahora tenía la oportunidad de reencontrarse para alcanzar ese afán de paz y satisfacción que había estado anhelando desesperadamente cada mañana y cada noche.

Decidida, modificó los espacios y habitaciones de la casa, acondicionó a su gusto con base a sus deseos y necesidades. Estableció un área específicamente para el arte, en donde pasaría el crepúsculo de cada día en la elaboración de lienzos. Así, poco a poco, la casa parecía ser otra, transformándose en un espacio único de autenticidad en donde dedicaría el resto de su vida en ella y para ella.

Por primera vez, en meses, las lóbregas noches se han convertido en otras acogedoras y amenas. El descanso profundo y placentero regresó, como si no hubiera otro lugar más cómodo en el cual reposar.

Al fin y al cabo, el alba era siempre igual: ella, su felicidad, y un ligero fulgor de sol por la ventana.

La joya del gigante

CRISTIAN ALONSO RAMÍREZ GUZMÁN
SEUDÓNIMO: C. PERNÁ

Medicina, segundo semestre
Facultad de Ciencias de la Salud
CAMPUS CENTRAL

Érase una vez un gigante que dormía en un jardín, lleno de flores y lagos. Siendo él muy trabajador, cada vez que despertaba se proponía terminar las tareas pendientes en su jardín. Cocinaba sus alimentos al calor de la chimenea del volcán de Fuego, mientras esperaba sentado en el Acatenango. Se alimentaba de árboles que obtenía de las alturas de Huehuetenango. De vez en cuando variaba su menú para alimentarse. Por ser tan grande y de piernas largas en pocos pasos lograba alcanzar las selvas del Petén. Para refrescarse remojaba sus pies en el Usumacinta y, para su sopa, tomaba un balde con agua cristalina del lago hoy conocido como Amatitlán. Para darse un baño aprovechaba la dulzura y los atardeceres del lago de Atitlán. ¡Era muy feliz! Pero de pronto, un día al despertar… ¡vaya susto! Todo lo que había construido ya no estaba igual, los volcanes, las montañas, la vegetación, los animales… ¿Qué pasó? No entendía nada. Pudo haber sido un terremoto, de esos que moldean continentes, quién sabe. Se puso tan triste y a la vez tan furioso que cuando caminaba en la tierra se escuchaba cómo temblaban las montañas, los mares y los lagos. Los animales corrían asustados, los volcanes despertaron y empezaron a lanzar bolas de fuego. El caos se apoderó de la naturaleza.

El gigante estaba desesperado. Trató de tranquilizarse. Se calmaron entonces las aguas, los mares y el temblor de las montañas, pero algunos volcanes permanecieron manifestando su descontento. Trató de apaciguarlos. Preocupado por su trabajo, pensó en hacer una plataforma tan larga y tan alta que le permitiera vigilar desde allí sus cultivos al otro lado de su jardín, de esa forma nació la Sierra de los Cuchumatanes. Hizo lo mismo cerca de las Verapaces, en la Sierra de las Minas. Y así fue construyendo y adornando su jardín nuevamente. A veces trasladaba las piedras de un lugar a otro. Dejó algunas en Tikal, otras en Yaxhá, algunas en Iximché y Quiriguá.

Cada día veía cómo su jardín se ponía cada vez más colorido. Para hacer más fácil la tarea de regar flores y árboles ideó un plan: dibujó con sus pies varios caminos sobre la tierra, un paso tras otro, los cuales se llenaron de agua, les llamó ríos. De esos hizo varios, a uno se le llamó río Negro, a otro el Motagua. Era un gran diseñador. Dicen que con un telescopio podríamos ver el rastro de sus huellas desde la Luna.

¡El gigante volvió a ser feliz! Se puso a jugar. Saltaba y reía de nuevo. Por accidente, pensando que era un arbusto, pateó una gran piedra que se encontraba en San Marcos, de hecho, algunos restos de estas piedras fueron las que los antiguos humanos utilizaron para hacer sus ciudades.

El gigante revisó lo que hacía falta. Se dio cuenta que para que él tomara agua tranquilamente no había un lugar, así que con sus manos juntó un poco de tierra y agregó agua del lago de Atitlán en la punta de esta nueva montaña, es por eso que es tan fría el agua de la cumbre del volcán de Ipala, porque es agua de Atitlán. De este modo no tendría que agacharse tanto para beber.

Finalmente, el gigante decidió poner en manos de los humanos el cuidado de su jardín. Él está seguro de que la joya más preciosa que creó está bien cuidada y por eso se fue a dormir tranquilamente. Nadie sabe dónde duerme, algunos creen que en la Sierra Madre y que se abriga con el manto de los árboles.

Otros dicen que está dormido bajo algún volcán. Pienso que cuando vuelva a despertar algunos de sus ríos ya no estarán, sus árboles no habrán florecido, sus lagos tendrán otro matiz y sus montañas habrán sido partidas por la mitad. Él no entenderá el porqué. Si aún estamos para entonces, no sé qué le vamos a decir.


Conocimiento
Humildad
Compasión
Bondad
Cooperación
Esperanza
Poesía
Entretenimiento
Libertad
Sueños
Exploración
Cultura
Ayuda
Resiliencia
Solidaridad

Muéstrate

HANNY ABIGAIL LOPEZ GONZÁLEZ

Ciencias de la Comunicación, tercer semestre
Facultad de Humanidades
CAMPUS CENTRAL

Mírame como si me extrañaras de verano a primavera;
tócame, con la misma pasión del sordo a la novena.
Ámame, sin razón, circunstancia ni motivo;
miénteme, con la misma labia del tiempo hacia el olvido.
Muéstrame, muéstrame... ¡Muéstrame!
Háblame al oído, entre abrazos, susurros y risas,
dame el misterio de Midas, con rudos besos y suaves caricias,
rómpeme, destruye barreras que encierran mi afecto;
leyendo en braille cada surco de mi hambriento cuerpo.
Muéstrame, muéstrame... ¡Muéstrame!

Escríbeme tres cartas, en versos de tres tristes notas,
baila conmigo, al ritmo del alba con el roce de las gotas;
sedúceme a cada instante: a las ocho, a las cuatro y a las doce,
bésame los lunares que recubran las cicatrices que tu alma desconoce.
Muéstrame, muéstrame... ¡Muéstrame!
Escóndeme tus alas, quiero ver la sutileza del caído del cielo,
pruébame entre velas y rosas con sabor a caramelo;
ábreme las puertas que tu dolor mantiene cerradas,
y muéstrate así, sin armadura, sin capa ni espada.
Muéstrate, muéstrate... ¡Muéstrate!

Lugar seguro

FRIDA MELISSA BOCANEGRA FUENTES
SEUDÓNIMO: FRIDA BOCANEGRA

Diseño Gráfico, primer semestre
Facultad de Arquitectura y Diseño
CAMPUS CENTRAL

Mi lugar seguro es la luz de sol que entra por tu ventana,
abrazando nuestros cuerpos desnudos.

Desvelando ese lunar en tu espalda,
que tiene el tamaño de mi huella de pulgar.

Tocando cada otro lunarcito en tu piel,
haciéndote cosquillas y tocándote la cara,
nuestras risas se mezclan con la luz.

Tu alegría se mezcla con la mía.

Mi pecho y tu pecho latiendo tranquilamente.
Nuestras piernas entrelazadas.

Quiero ver el café de tus ojos,
más grande,
meterme en tu calor y hacerme un nido en ti,
en la forma en que me miras.

No hay parte que no toques, ni hay qué esconder.
Mi piel es una almohadita junto a la tuya,
acaricio tu suavidad y tus durezas.

Eres mío como yo soy tuya.

Poema 2

ESTEBAN JAVIER ARAGÓN MATUTE
SEUDÓNIMO: JAVIER A.

Ingeniería Civil, décimo semestre
Facultad de Ingeniería
CAMPUS CENTRAL

Dime si me buscarías los jueves
entre las horas pico de la incertidumbre,
caminando entre el bullicio y la lluvia
para buscar los ojos que tanto anhelas,
para buscar la sensación de seguridad que te hace dormir bien,
para sentir los brazos que te acaloran.
Dime si me buscarías los jueves,
entre los quehaceres del día, para tener un momento solos,
para que nos pintemos uno al otro y hacer una obra de arte.

Cualquiera pasaría al final de la semana.
Sin embargo, los jueves no es el final, pero se acerca
con desesperación y con los quehaceres martillando fuerte la cabeza.
Los jueves nos portamos mal,
nos pintamos,
nos anhelamos,
nos buscamos el jueves.

Jose

LIZA MIRANDA FUENTES HIDÁLGO
SEUDÓNIMO: LIZA

Ingeniería Química, primer semestre
Facultad de Ingeniería
CAMPUS CENTRAL

A mitad de la noche te apareces en mis recuerdos,
intento conciliar el sueño, mas tu dulce voz me cala dentro.
Abro mis ventanas, las ventanas de mi alma, y logro divisar,
a la lejanía,
ese largo pasillo adornado por espejos y figuras.
Escucho un susurro, parece tu voz, pareciera estar hablándome.
Me niego a querer escucharlo, me niego a querer buscarte.

Se fue, no está más, no te confundas.

Cada palabra, cada daga me atraviesa el pecho,
duele, duele como el mismo infierno,
mas algo me motiva a seguir, a caminar recto.
Al final del pasillo hay una puerta, esa puerta de madera,
tomo aire, tomo fuerza, reprimo mis llantos;
la giro lentamente, rechina como en aquellos tiempos,
la madera cruje al igual que mi corazón esa tarde,
esa tarde que me dejaste.
Al cruzar el umbral, puedo ver ese comedor,
esa pintura del Salvador, las cajas y los sillones.
Al girar, logro verte ahí, en paz, descansando en tu silla de siempre,
con tu ropa de siempre y esas ventanas de amor de siempre.
Con las lágrimas que no paraban de inundar mi rostro,
quise retratar tu recuerdo, esa paz que dejaste, esa paz que robaron.
Un abrazo, un beso, un «la quiero» me bastaba.
De repente, despierto.

Piel muerta

MARÍA ALEJANDRA BONILLA ARGUETA

Psicología Clínica, noveno semestre
Facultad de Humanidades
CAMPUS CENTRAL

Siempre he sabido que algo no va bien conmigo,
que mi mente funciona diferente,
que mis emociones son fuego descontrolado,
vivo, arrasador.

Que los días de lluvia tienen tanta agua
que me ahogo en mi propia casa.
Nunca he tenido flotadores y no sé si es porque no encuentro
o simplemente me gusta quedarme sin aire.

Mi piel me desespera,
me mata,
me aprisiona.

Quiero arrancármela, dejar de ser yo un segundo,
gritar que la ansiedad me está comiendo por dentro,
correr detrás del tren de mis pensamientos,
masticar las ideas que me asfixian.

Yo no soy perfecta,
odio que no me mires cuando te hablo,
tu amor se ha vuelto mi jaula.

Mierda, qué no te das cuenta de que lo que más me duele es
verte a los ojos y saber que para sentirme amada
debo pagarte.

Pagarte con mi sangre,
perdiendo el tren
con la piel que no ames.

En la oscuridad...

MARIA PAULA RUIZ GUERRA
SEUDÓNIMO: P. GUERRA

Técnico en Investigación Criminal y Forense, primer semestre
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales
CAMPUS CENTRAL

En la oscuridad andante mi alma caminaba.
Pasos sigilosos entre muchas hierbas secas,
y un fuerte viento frío es el que allí dominaba.
Me cubre el miedo de encontrar tenebrosas muecas.

Aquel es mi camino alrededor de esta vida.
Mi mente presa de una pila de pensamientos,
que dentro de cada sílaba ve una salida.
¿Acaso es eso la salvación de mis tormentos?

Y despierto temblando de aquel horrible sueño,
y con mi estómago sin lograr no hacerse un nudo.
Ese despreciable sentimiento se hace dueño
y desmantela dejando miedos al desnudo.

Jadeos sofocantes, sollozos desbordantes
y gritos que aquella penumbra lanza a mi oído.
Cuando no se desea vivir son muy constantes.
En la oscuridad mi mitad se ha desvanecido.

HACER CLIC PARA ACCEDER A NUESTROS CATÁLOGOS

CRAI
LANDÍVAR
RED DE BIBLIOTECAS
Centro de recursos para el aprendizaje y la investigación

CATÁLOGO
DE PUBLICACIONES
EDITORIAL CARA PARENS
PUBLICATIONS CATALOGUE
2018

CATÁLOGO
DE PUBLICACIONES
EDITORIAL CARA PARENS
PUBLICATIONS CATALOGUE
2019

CATÁLOGO
DE PUBLICACIONES
EDITORIAL CARA PARENS
PUBLICATIONS CATALOGUE
2020

Esta publicación se distribuye de forma digital,
fue finalizada en marzo de 2022

Motivación

Bondad

Ideas

Humildad

Compasión

Cooperación

Humildad

Esperanza



Universidad Rafael Landívar

EDITORIAL CARA PARENS
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR

ISBN: 978-9929-54-398-0

Entretenimiento

Cultura

Exploración

Sueños

Resiliencia

Solidaridad